

COMENTARIO DE UN TEXTO NARRATIVO POSTERIOR A LA GUERRA CIVIL

La idea de la muerte llega siempre con paso de lobo, con andares de culebra, como todas las peores imaginaciones. Nunca de repente llegan las ideas que nos trastornan; lo repentino ahoga unos momentos, pero nos deja, al marchar, largos años de vida por delante. Los pensamientos que nos enloquecen con la peor de las locuras, la de la tristeza, siempre llegan poco a poco y como sin sentir; como sin sentir invade la niebla los campos, o la tisis los pechos. Avanza fatal, incansable, pero lenta, despaciosa, regular como el pulso. Hoy no la notamos; a lo mejor mañana tampoco, ni pasado mañana, ni en un mes entero. Pero pasa ese mes y empezamos a sentir amarga la comida, como doloroso el recordar, ya estamos picados. Al correr de los días y las noches nos vamos volviendo huraños, solitarios; en nuestra cabeza se cuecen las ideas, las ideas que han de ocasionar el que nos corten la cabeza donde se cocieron, quién sabe si para que no siga trabajando tan atrocemente. Pasamos a lo mejor hasta semanas enteras sin variar; los que nos rodean se acostumbran ya a nuestra adustez y ya ni extrañan siquiera nuestro extraño ser. Pero un día el mal crece, como los árboles, y engorda, y ya no saludamos a la gente; y vuelven a sentirnos como raros y como enamorados. Vamos enflaqueciendo, enflaqueciendo, y nuestra barba hirsuta es cada vez más lacia. Empezamos a sentir el odio que nos mata; ya no aguantamos el mirar; nos duele la conciencia, pero ¡no importa!, ¡más vale que duela! Nos escuecen los ojos, que se llenan de un agua venenosa cuando miramos fuerte. El enemigo nota nuestro anhelo, pero está confiado; el instinto no miente. (...) Cuando huimos, como las corzas, cuando el oído sobresalta nuestros sueños, estamos ya minados por el mal; ya no hay solución, ya no hay arreglo posible. Empezamos a caer, vertiginosamente ya, para no volvernos a levantar en vida. Quizás para levantarnos un poco a última hora, antes de caer de cabeza hasta el infierno... Mala cosa.

Camilo J. Cela. *La familia de Pascual Duarte*

Resumen

Cuando el odio y el deseo de matar se apoderan de nosotros, la vida nos cambia radicalmente. Una tristeza profunda se apodera de nuestro ser y el proceso de envenenamiento va avanzando de manera constante y obsesiva. Nos vamos ensimismando cada vez más hasta apartarnos completamente de los demás en un intento de rehuir todo contacto humano. El mal nos degrada tanto física como moralmente y llega un momento en el que nos damos cuenta de que ya no hay vuelta atrás ni solución posible.

Tema

Proceso de la degradación física y moral del narrador tras ser envenenado por el odio y por el deseo de matar.

Organización de las ideas

El texto está concebido como una unidad, de ahí que sea un único párrafo. En él se describe desde el inicio el proceso que va sufriendo el protagonista cuando se apodera de él, de forma obsesiva, el deseo de matar. Ello va sumiendo al protagonista en la tristeza,

la soledad, el odio y la caída vertiginosa; es decir, lo va deshumanizando hasta convertirlo en un animal dominado por los instintos.

Comentario crítico sobre el contenido del texto

Es un texto literario, situado casi al final de la novela *La familia de Pascual Duarte*, obra en la que Camilo José Cela, siguiendo la tradición que se iniciara con *El Lazarillo de Tormes*, utiliza el recurso literario consistente en que sea el propio protagonista el que cuente, desde el final de sus días, la parte de su existencia que «justifica» o, al menos explica, una determinada actuación. Así, desde la cárcel de Badajoz, donde se encuentra a la espera de que se ejecute la condena que le han impuesto por asesinato - el garrote vil-, Pascual, tras una larga reflexión que le ha permitido «autoanalizarse» y ordenar las ideas, evoca ciertos episodios de su truculenta vida. Estos «recuerdos» sirven al propio narrador para descargar su conciencia haciendo pública confesión de sus pecados. Terminado el relato, lo envía a un tal «Señor don Joaquín Barrera López» de Mérida, quien, horrorizado, mandará en su testamento que sea dado a las llamas. Sin embargo, esto no se cumple y el manuscrito de Pascual Duarte aparece en una farmacia de Almendralejo y es transcrito para que sirva de modelo de la conducta que no se debe imitar.

El fragmento que comentamos forma parte de esos «recuerdos», narrados en presente, con los que el protagonista trata de «justificar» sus crímenes, especialmente el de su propia madre.

Alternan en la narración la tercera persona del singular y del plural, y la primera persona del plural. Con la tercera persona Pascual hace referencia al «mal» que ha ido invadiendo y modificando su conducta hasta dominarlo por completo; con la primera persona del plural, se autoexculpa al incluirse dentro de un grupo de «víctimas» a las que el destino y la fatalidad conducen al abismo, en su caso a la cárcel, la condena a muerte y al infierno.

Asistimos al proceso de locura o pérdida del raciocinio y a la progresiva animalización del protagonista que, víctima de sus propios instintos, se convierte, a su vez, en asesino. Cela, a través de Pascual, presenta una visión amarga y cruel de la vida: el hombre, débil por naturaleza, se siente inclinado y arrastrado hacia el mal sin posibilidad de evitarlo.

Hasta la línea séptima del texto, Pascual se presenta como un sujeto pasivo; de forma creciente, las ideas lo trastornan y los pensamientos lo enloquecen e invaden. Es decir, el proceso -en su primera fase- se inicia con el trastorno mental que va paulatinamente haciéndole perder el juicio y el dominio de sí mismo y abocándolo a la soledad. Pascual o las personas que se hallan en su misma situación no pueden hacer nada por evitarlo pues el «mal» escoge a sus víctimas, que no pueden percibir el peligro ni defenderse a tiempo de él. Esta idea está reforzada con imágenes metafóricas (*paso de lobo, andares de culebra*) y comparaciones (*como todas las peores imaginaciones, como sin sentir invade la niebla los campos o la tisis los pechos*).

Abundan las repeticiones de palabras y de estructuras sintácticas: *la idea de la muerte llega siempre con..., con..., como...; los pensamientos que nos enloquecen siempre llegan poco a poco con... y como..., como...; y como sin sentir, como sin sentir...*, junto con las referencias temporales: *hoy no la notamos, a lo mejor mañana tampoco, ni pasado mañana, ni en un mes entero. Pero pasa un mes...*

Son frecuentes los términos que hacen alusión a la lentitud del proceso y, al mismo tiempo, a lo imparable de este: *llega siempre; nunca de repente; siempre llegan poco a poco; avanza fatal, incansable, pero lenta, despaciosa, regular como el pulso.*

Predominan las palabras que tienen un matiz semántico negativo: *muerte, locura,*

tristeza, niebla, tisis; trastornar, ahogar, enloquecer, invadir; fatal... matiz que contagian a otras que, en otros contextos, no lo tienen: *peores imaginaciones, amarga la comida, doloroso el recordar*. Todo ello ayuda a mostrar y al mismo tiempo a comprender el trastorno mental del protagonista, sus obsesiones, su pesimismo ante la vida, intensificado con la sentencia final conclusiva: *ya estamos picados* que refuerza la idea de lo ineludible del destino.

A partir de la línea octava, se pone de manifiesto el resultado devastador de los largos años de convivencia con la idea de la muerte y la tristeza. Pascual -el plural en el que se incluye- se va transformando psicológica y físicamente.

En contraste con el tiempo, que sigue corriendo lento, los efectos de la «locura» van en aumento y son cada vez más persistentes, lo que se presenta mediante la coordinación o la yuxtaposición y ciertos elementos comparativos: *Pero un día el mal crece, como los árboles, y engorda, ya no saludamos a la gente; y vuelven a sentirnos como raros y como enamorados. Vamos enflaqueciendo, enflaqueciendo, y nuestra barba hirsuta es cada vez más lacia. Empezamos a sentir el odio que nos mata; ya no aguantamos el mirar; nos duele la conciencia.*

En paralelo al crecimiento constante de los males se sitúa la destrucción moral y física de la persona: la locura y la tristeza han convertido a Pascual en un personaje huraño, solitario, adusto y flaco en extremo, al tiempo que el odio y las ideas que se cuecen en su cabeza le llevarán a la destrucción. El protagonista es consciente de ello pero, incapaz de oponer resistencia al mal, se sigue dejando arrastrar por él a pesar de su conciencia y aun a sabiendas de que le conducirá al garrote, algo que no le hace reaccionar ni le atemoriza, porque ya ha asumido que él no es dueño de su propia existencia, tampoco de su salvación o condena.

La elección de las formas verbales del texto refuerza esta idea. El presente en lugar del pasado potencia el determinismo que se manifiesta en toda la obra: lo narrado ha sucedido hace tiempo, pero lo mismo hubiera ocurrido en el presente desde el que se habla; del mismo modo, la actuación del protagonista no se percibe como única, las adversidades de la vida llevan a actuar de similar forma a todos los que se encuentran en idénticas circunstancias en cualquier tiempo.

Las perífrasis verbales, imperfectivas al igual que las formas de presente, tan abundantes en esta parte, ayudan a reforzar la idea de indefensión del protagonista frente a las circunstancias, su incapacidad para poder actuar de manera diferente a como lo hace, su pérdida de conciencia y su animalización, su caída o caídas vertiginosas - en realidad todas son una- que lo arrojarán *de cabeza en el infierno*. Y, al igual que antes, esta segunda fase del proceso termina con frases sentenciosas, totalmente pesimistas: *Cuando huimos como las corzas, cuando el oído sobresalta nuestros sueños, estamos ya minados por el mal; ya no hay solución, ya no hay arreglo posible [...]. Mala cosa*, que nos hacen comprender por qué, aparentemente, no se rebela contra la condena impuesta y por qué dentro de su fatalismo acepta, en cierto modo, que quizá la muerte sea la única solución para acabar con el mal, para que *su cabeza no siga trabajando tan atrozmente*.

Son frecuentes las repeticiones de palabras o de construcciones sintácticas dirigidas a mostrar el trastorno mental de Pascual: *en nuestra cabeza se cuecen las ideas, las ideas que han de ocasionar el que nos corten la cabeza donde se cocieron; y ya ni extrañan siquiera nuestro extraño ser; cuando huimos como las corzas, cuando el oído sobresalta nuestros sueños, estamos ya minados por el mal; ya no hay solución, ya no haya arreglo posible*, o a potenciar una determinada circunstancia: *vamos enflaqueciendo, enflaqueciendo ...*, además de la machacona repetición de la primera persona del plural reflejada en las formas verbales y la constante repetición del pronombre personal *nos*.

Me ha sobrecogido la lectura de este texto, muy especialmente la meticulosa descripción del proceso degenerativo tanto físico como moral que va sufriendo el narrador. Creo que es terrible dejarse envenenar por el odio de esa manera tan obsesiva. Cuando permitimos eso, no solo destruimos nuestra propia vida, sino también la de las personas que nos rodean. No comparto en absoluto la tesis defendida por el narrador de que no se puede hacer nada ante eso. El determinismo expuesto por Cela en este pasaje no se ajusta nada con mi manera de pensar. Entiendo que la libertad del ser humano está muy por encima de dicho determinismo y que siempre podremos escoger nuestras decisiones y hacernos responsables de las mismas. En este caso, Pascual Duarte ha alimentado en su interior el odio en vez del amor y el perdón, pero podría haber elegido el camino contrario, con lo que el veneno no habría destruido su vida y las de todas aquellas personas a las que asesinó. Tampoco habría llenado de dolor a las personas que lo quisieron.